

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

23/2020

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Julissa Gutiérrez Rivas

E Estrategias de inserción de un matrimonio de libertos en la
sociedad piurana (Perú). Siglo XVIII

Insertion Strategies of a Freedmen Marriage in Piura's Society (Perú). 18th Century
pp. 633-656

DOI: <https://doi.org/10.15581/001.23.025>



Universidad
de Navarra

Estrategias de inserción de un matrimonio de libertos en la sociedad piurana (Perú). Siglo XVIII

Insertion Strategies of a Freedmen Marriage in Piura's Society (Perú). 18th Century

JULISSA GUTIÉRREZ RIVAS

Universidad de Piura (Perú)
julissa.gutierrez@udep.edu.pe



RECIBIDO: AGOSTO DE 2019

ACEPTADO: MAYO DE 2020

DOI: <https://doi.org/10.15581/001.23.025>

Resumen: El presente artículo se propone analizar algunos rasgos de la realidad vivencial de los libertos en Piura a partir de dos de sus miembros: los esposos africanos Juan de Sojo y María Mercedes de Céspedes quienes, a través de las actividades que realizaron en las casas-tina —importante industria colonial de la ciudad— consiguieron hacerse con un peculio que les permitió obtener la libertad y la de sus hijos, así como el ejercicio de una serie de prácticas comunes en la época: posesión de una casa, compra-venta de esclavos, transacciones con vecinos piuranos; y, por qué no, dejar ordenadas las cuestiones en torno a la salvación de sus almas. De este modo, estos esclavos fueron protagonistas de su propio destino en un momento en el que la esclavitud, en el contexto económico de Piura del siglo XVIII, estaba en su período de apogeo como sistema de producción.

Palabras clave: Piura. Casas-tina. Curtiembres. Esclavitud urbana. Libertos

Abstract: The paper aims to analyze some aspects of the experiential reality had by the freedmen (libertos) in 18th. Century Piura. It focuses on the economic and social activities developed by the African marriage of Juan de Sojo and María Mercedes de Céspedes working as tanners in the casa-tina, an important city industry. It was found that with this work the freedmen couple earned an amount with which they could bought their and their children freedom. This African marriage were also able to carry out another common economic practices like buying a property, negotiating slaves and making transactions with the city neighbors. They also had the opportunity to left demands to save their souls at the last moment. In summary: these freedmen marriage were main characters of their own destiny at a moment where slavery was passing its peak period in the economic system development of colonial Piura.

Keywords: Piura. Strategies of ascent. Tanners in 18th century Piura. Slavery. Freedmen (*libertos*)



I. LA POBLACIÓN LIBERTA EN EL PERÚ

La población de color, libre en toda Hispanoamérica, creció lentamente a lo largo de los siglos XVI y XVII y, sobre todo, durante el siglo XVIII. En casi todas las colonias, el número de libres de color aumentó y, según Klein y Vinson, sobrepasó la cantidad de esclavos, como se observa en los siguientes ejemplos: en Panamá, en 1778, había 33 000 personas de color libres frente a 3 500 esclavos, y representaban la mitad de la población total. En Nueva Granada se calcula, para 1789, unos 80 000 esclavos y 420 000 libres de color. En México, hacia 1810, la distancia entre ambos grupos se amplió grandemente: frente a 10 000 esclavos había entre 60 000 y 70 000 libres de color¹.

¿A qué se debió el crecimiento tan rápido de la población libre de color? Los autores antes citados señalan como principal causa el que en el siglo XVIII los esclavos se empezaron a manumitir más jóvenes, por lo que sus ratios de reproducción fueron consistentemente más altos que el de los esclavos². De toda esta población de color libre, es muy difícil saber cuál es el número de libertos en sí, en tanto que el liberto es el individuo que, habiendo sido esclavo, consigue su libertad y, por otro lado, no todos los libertos fueron pardos pues, aunque pocos, hubo africanos esclavos que se convirtieron en libertos como es el caso de los protagonistas de este artículo.

Podemos asumir que, en el Perú, al igual que en el resto de Hispanoamérica, el ritmo de crecimiento poblacional del grupo liberto se aceleró, pese al continuo arribo de esclavos a estas costas; sin embargo, no existen cifras concluyentes sobre esta población. Se cuenta con algunos datos estadísticos para Lima, en diferentes momentos del período colonial, destacando como dato relevante el predominio de la manumisión del sexo femenino sobre el masculino en tanto que la esclavitud en la capital virreinal fue, sobre todo, de doméstica³.

Para el siglo que estamos estudiando contamos con algunos registros referenciales: según el Censo de 1792 la población de color en Lima era de 40 337 esclavos y 41 398 pardos en todo el virreinato. Adanaqué, al analizar esta situación, sugiere que el total de pardos eran libertos que habían obtenido su manumisión por «diversos medios»: libertad graciosa, por pago de dinero, compra de

¹ Klein y Vinson, 2008, pp. 226-227.

² Klein y Vinson, 2008, p. 234.

³ Para el período 1560-1650, Bowser refiere la existencia de 320 manumisos de los cuales el 33.1% eran hombres y 66.9% mujeres. 1977, p. 298. Para el período inmediatamente posterior, 1650-1700, Jouve Martín, 2005, p. 183, empleó una muestra de 210 manumisiones, hallando resultados similares: 70% fueron esclavas mujeres y solo 30% fueron varones.

carta de libertad, etc.⁴. Sin embargo, volvemos a lo que habíamos indicado líneas arriba: no todos los pardos fueron libertos.

Para el caso de Piura contamos con el cuadro de habitantes del obispado de Trujillo, ordenado realizar por su obispo Mons. Baltasar Jaime Martínez de Compañón (c. 1785), el cual recoge el número de habitantes en las distintas provincias; de ellas, Piura contaba entonces con 5203 pardos (libres) y 884 negros (esclavos)⁵. De lo anterior se desprende que la relación casta/esclavo era desproporcionada (6 a 1) y no se ajusta a lo visto en otros lugares y períodos. Algunos autores han planteado explicaciones sugerentes⁶.

2. ECONOMÍA Y SOCIEDAD PIURANA

Piura, durante los siglos XVI y XVII, fue corregimiento e incluía territorios que hoy comprenden los departamentos de Tumbes, Piura y parte de Lambayeque. En el siglo XVIII, con los nuevos proyectos de organización territorial que respondían a la necesidad de un mayor control de las provincias de ultramar; Piura adoptó la figura de partido perteneciente a la intendencia de Trujillo. Su territorio, junto al de Lambayeque y Trujillo, conformaban un espacio singular, con características culturales similares, extendido por una superficie aproximada de 55 200 Km², denominada bajo el término de «valles»⁷.

En su geografía presenta territorios ubicados en la costa y en la sierra: en la primera, es fundamental el desierto de Sechura, también llamado «despoblado», de aproximadamente 32 leguas, a lo largo de la ruta entre Paita y Piura. Se podría afirmar que, gracias a esta característica geográfica, Piura estuvo relativamente aislada del resto del virreinato, relacionándose más con la parte sur del actual Ecuador. Sin embargo, la presencia del desierto se rompe gracias a la existencia de los ríos Chira y Piura que, desde tiempos ancestrales, fueron canalizados y empleados para una agricultura extensiva. Ambos ríos, además, concentraron en sus orillas parte significativa de la población del territorio piurano.



⁴ Adanaqué, 2009, pp. 317-318.

⁵ La tabla lleva por título «Estado que demuestra el número de habitantes del Obispado de Trujillo del Perú con distinción de castas formado por su actual Obispo». Martínez Compañón, *Trujillo del Perú*, I, fol. 5r.

⁶ Reyes Flores, 2001, pp. 41-42, dando por supuesto que todos los miembros de las castas libres eran libertos señala que la «relación de 7 a 1 con respecto a los esclavos» en Piura, se explica por la misma realidad económico-social del partido caracterizado por su baja densidad poblacional que se reflejó en la carencia de trabajadores libres, haciendo lucrativo el hecho de que los amos alquilen a sus esclavos a cambio de un jornal, aumentando la posibilidad de estos de ahorrar y comprar su libertad.

⁷ Restrepo, 1992, p. 62.

La base de la economía piurana fue el trabajo de la tierra, en torno al cual se articuló la actividad productiva de la región: la agricultura, la ganadería, la incipiente «industria»⁸ de jabones y cordobanes y el comercio. Esta producción fue creciendo paulatinamente desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta principios del siglo XIX. Hernández lo deduce por la recaudación de la alcabala:

En la década de 1730, el arrendamiento anual de la alcabala de Piura no llegaba a 350 pesos; a principios del siglo XIX, el ingreso de ese ramo alcanzaba los 16 000 pesos... Quizá por ello, a fines del siglo XVIII el partido de Piura era considerado por la corona como uno de los más rentables de todo el virreinato⁹.

El cultivo más importante era el algodón, que se producía sobre todo en el valle del Chira, y que era reputado como el mejor de todo el virreinato; se comercializaba en rama, siendo sus principales mercados Loja y, en segundo lugar, la Península¹⁰. Otros productos que también se comercializaron fueron el trigo y el azúcar, producidos, sobre todo, en la sierra.

Unida a la agricultura se desarrolló la ganadería bajo dos modalidades: de ganado mayor (vacuno), en la sierra, y de ganado menor (caprino principalmente) en la costa. La primera se beneficiaba de la presencia de lomas con suficiente humedad durante gran parte del año, que producía una exuberante vegetación y pasto animal. En cambio, la segunda predominó en el bosque seco, donde crece el algarrobo, cuyo fruto constituyó el principal alimento para el ganado caprino. Este, además, fue el principal recurso para el desarrollo de la industria local —generando pingües ganancias— ya que del ganado caprino no solo se aprovechó su carne —la que, hecha cecina, era vendida en la ciudad o en el puerto de Paita a las embarcaciones como aprovisionamiento—, sino que también se empleó el sebo en la elaboración de jabón en las casas-tina y el cuero en la confección de curtiembres.

Por otro lado, el comercio fue el agente dinamizador de la producción piurana, para lo cual se establecieron diversas rutas, llamadas «carreras», que fueron establecidas en relación con las ciudades-polo a las que abastecían; así, una fue la carrera de Lima y, la otra, la carrera de Quito. Se colige entonces la posición de «bisagra comercial» que caracterizó a Piura en este espacio: se ubicaba en el límite entre las audiencias de Lima y Quito y, debido al puerto de Paita, —por mucho tiempo la puerta de entrada al virreinato del Perú y lugar de parada

⁸ Según Restrepo, 1992, p. 94, sería más adecuado referirse a la industria en Piura como «industria rústica», siendo una de las razones de esta situación el hecho de que la corona no fue especialmente benefactora con estos ramos de producción, especialmente en el siglo XVIII, porque veía en ellos —principalmente en los tejidos— un posible competidor de la metrópoli.

⁹ Hernández, 2008, p. 46.

¹⁰ Helguero, *Informe Económico*, p. 8.

de los barcos de la Armada del Mar del Sur—, se vinculaba al circuito comercial marítimo del que formaban parte una decena de puertos americanos; tal y como lo describió Walter, compañero del corsario Anson en 1742:

[el puerto de Paita] es bastante concurrido por todos los navíos que vienen de los países situados al norte; y no hay otro puerto donde puedan tocar todos los buques que van al Callao desde Acapulco, Sonsonate, Realejo y Panamá. La dilatación de estos viajes, que en la mayor parte del año no pueden hacerse sino a contraviento, obliga a todos los navíos a tomar allí descanso¹¹.

De este modo, el espacio económico y comercial del partido piurano se articulaba hacia los dos frentes: hacia el exterior, vía terrestre (carreras) y marítima (puerto de Paita), y hacia el interior de la región, puesto que el puerto paitaño era el destino final de una red de caminos que conectaban el espacio serrano de Piura y la macrorregión sur ecuatoriana norperuana¹². Lamentablemente, aún no se ha hecho un estudio exhaustivo sobre la actividad comercial de Paita para la época virreinal.

2.1. Producción y mano de obra en las casas-tina de Piura

Se llamó «casas-tina» a la industria de jabón que se desarrollaba en instalaciones ubicadas a las afueras de la ciudad. Esta casa contaba con «fondos de tina» o «tina», es decir, una o varias pailas de cobre en las que se hervía el sebo a fuego lento con el fin de obtener el preciado jabón¹³. En la misma casa, en la tenería, se trataban las pieles de los animales sacrificados para hacer cordobanes.

Antes de proceder a analizar la producción en las casas-tina es necesario hacer dos aclaraciones: la primera es que, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, gran parte del ganado menor, criado y engordado en Piura, fue conducido a las tinas y tenerías del corregimiento de Lambayeque donde se realizaba su matanza para la obtención final de cueros y jabones¹⁴. Ello no quita que en Piura se haya dado una importante producción. Y la segunda es que, si bien la producción de jabón y cordobanes supuso buena parte del comercio de Piura a nivel interprovincial, la industria piurana —al igual que otras industrias coloniales— pese a que lograron cierto desarrollo técnico, no tuvieron un impacto visible en el aspecto socio-económico, lo que llevó a que mantuvieran buena parte de las características del siglo XVII¹⁵. Incluso Restrepo cataloga la industria piurana, al igual

¹¹ Walters, 1833, II, p. 31.

¹² Aldana, 1999, p. 22.

¹³ Aldana, 1988, p. 31.

¹⁴ Peralta Ruiz, 1998, p. 148.

¹⁵ Aldana, 1999, pp. 76-77.

que el resto de la diócesis trujillana, como «rústica, pobre, grosera, campestre, desorganizada y discontinua», lo que hizo que permaneciera «prácticamente estancada al ser proveedora de pequeños mercados locales o intercoloniales»¹⁶.

Entre las casas-tina más renombradas de Piura en este periodo tenemos la del Castillo, la de Vilela, la de Herrera, la de Urbina, la de Sojo —donde laboraron nuestros protagonistas—, entre otras. En todas se elaboraba jabón, pero cordobanes solo en algunas, ya que no todas poseían el anexo de la tenería, por ejemplo, la de Urbina. Precisamente esta carencia conduce a que Aldana considere que, ante la crisis y estancamiento suscitados a mediados del siglo XVIII, la casa-tina de Urbina no sobrevivía¹⁷.

Aunque el principal producto elaborado en las casas-tina fue el jabón, la elaboración de cordobanes siguió una línea semejante de producción. Esta estrecha relación hizo que se estableciese una asociación muy fuerte entre tina y tenería. Lamentablemente, muy poco se ha analizado sobre la producción de las curtiembres pues, como afirma Aldana, el hecho de que su uso sea tan cotidiano, resulta más difícil de rastrear que el jabón¹⁸.

El uso de los cordobanes era diverso: servía para envolver productos como cascarilla, azúcar, panes de jabón, etc.; también eran empleados como materia prima para la elaboración de suelas, vaquetas para sillones y almofrecas, badanas para calzado, cinturones y tafiletes para las sillas de montar. En Piura, en los últimos años del siglo XVIII hubo producción de «zapatos de mujer y de niños» que eran enviados por mar, hacia Guayaquil¹⁹.

La mano de obra en las casas-tina era variada: trabajaban tanto esclavos como libertos, indígenas y mestizos. Debido a que el trabajo supuso la participación en diferentes procesos, se procuró una especialización laboral, principalmente con los esclavos pues, al ser una de las fuerzas laborales más caras —tanto por su costo de adquisición como por su mantenimiento— sus dueños, al querer aprovecharlos al máximo, los entrenaron en actividades específicas²⁰. Por ejemplo, el primer paso del proceso industrial que era la matanza del ganado para extraer la carne, el sebo y la piel, estaba en manos de negros esclavos que hacían su trabajo con gran destreza. Así lo describe el jesuita Cicala:

¹⁶ Restrepo, 1992, p. 94.

¹⁷ Aldana 1999, p. 78, supone que esta fue una de las razones que influyeron en su desaparición a mediados del siglo XVIII.

¹⁸ Aldana, 1988, pp. 62-63.

¹⁹ Archivo General de la Nación [AGN], Serie Real Aduana. Leg. 1184, cuad. 4, Libro manual de almojarifazgo de la administración de Paíta, 1779.

²⁰ Ramírez, 1991, pp. 179-180.

ESTRATEGIAS DE INSERCIÓN DE UN MATRIMONIO DE LIBERTOS

Presencí un día la matanza de cabritos y machos cabríos cebados y pude ver la gran cantidad de sebo y manteca que tenían, pues casi no se divisaba la carne, luego vi la agilidad y velocidad con las que esos negros separaban las pieles y, acto seguido, toda la gordura y grasa, tanto de las entrañas y tripas como de los demás miembros, dejando aparte la sola carne, sin brizna de grasa. El trabajo era en realidad admirable²¹.

Gracias a esta especialización, los esclavos, considerados maestros, valían mucho más que un esclavo no cualificado y, según Ramírez, se les concedía bonificaciones en metálico y privilegios especiales para asegurarse la realización de un trabajo cuidadoso²².

El trabajo en las casas-tina aumentaba cuando los particulares que tenían estancias decidían sacrificar parte de su ganado y, al querer aprovechar todo lo que de él se obtuviera, se procesaba la grasa y los pellejos de los animales. En consecuencia, tanto la elaboración de curtiembres como su comercialización fueron aprovechadas por diversos particulares. Todo el que se dedicase al comercio de los productos obtenidos en las casas-tina, fuese grande o pequeño mercader, factor o mercachifles, o sea de la condición social que fuere, llegó a tener buenas ganancias. Y de ello fueron conscientes Pablo y María Mercedes quienes no solo aprendieron muy bien la técnica del procesamiento de las curtiembres, sino que, muy pronto, se dedicaron al comercio de las mismas.

2.2. El comercio de los cordobanes desde Piura

En el siglo XVIII, aunque no era grande la producción, era tal el prestigio que tenían los «cordobanes de valles» que se distribuían a través de los diversos circuitos comerciales tanto a nivel local como interprovincial. Una rápida mirada a los registros de salida de embarcaciones del puerto de Paita arroja que los cordobanes eran enviados en fardos —cada uno compuesto por 60 unidades— a diversos puertos como Guayaquil, Panamá y el Callao²³. Por ejemplo, en 1733, la fragata «San José y las Benditas Ánimas» condujo 16 fardos de cordobanes a cuenta de diversos particulares de Guayaquil²⁴. En ese mismo año, según su testamento, Juan de Sojo indicó tener 19 petacas de jabón corte de Quito y 600 cordobanes estacionados en Paita rumbo a Panamá²⁵.

²¹ Cicala, *Descripción histórico-topográfica*, p. 62.

²² Ramírez, 1991 p. 102.

²³ Dentro de los productos que recibió Lima procedente del norte en el período 1785-1789, los cordobanes constituyeron el tercer lugar después del azúcar y del jabón. Y el jabón y cordobanes está claro que, aunque dice que proceden del norte, solo podrían serlo de Piura y Lambayeque pues Trujillo, recién empezará a producirlos a principios del siglo XIX. Aldana, 1988, p. 59.

²⁴ AGN, Cuadernos de Almojarifazgos, Registro de salida de embarcaciones del puerto de Paita, 1732.

²⁵ Archivo Regional de Piura [ARP], Protocolos Notariales. José Narciso de Nivardo, prot. 62, leg. 185,

El análisis del impacto de la producción de curtiembres en la economía piurana se suele asimilar y deducir de la jabonera. Cabe señalar que esta manufactura tuvo altibajos a lo largo del siglo: entre 1720 y 1755 hubo una considerable disminución, a consecuencia de las fuertes lluvias que afectaron la producción agroganadera de la zona, y que provocó la muerte de gran cantidad de ganado, y condujo, incluso, al remate de varias tinajas²⁶. Lo mismo ocurrió en Lambayeque. Al respecto, Ramírez considera que por esos años —principalmente entre los años veinte y treinta— pese a que el precio del jabón se mantuvo —a diferencia de otros productos que se devaluaron—, la producción de las haciendas lambayecanas disminuyó considerablemente debido a las inundaciones de 1720 y 1728 que provocaron la muerte de gran cantidad de ganado y destruyeron muchas de las construcciones dentro de las haciendas²⁷.

Hacia la década de 1760 se dio un incremento en la producción de las casas-tina piuranas, alcanzando su auge en los años ochenta. Para Aldana, este repunte se debió a la creciente demanda del algodón que permitió a Piura reformular su relación con Lambayeque: se empezó a remitir mucho algodón en rama de Piura a Cuenca para su transformación y, aprovechando estos envíos, se colocó con mayor facilidad la producción piurana de jabón. Por vía contraria, los piuranos negociaron los tejidos cuencanos hasta Lima lo que, junto con el jabón y los cordobanes, les permitió una presencia en el mercado limeño. En este tiempo Lambayeque no se quedó atrás: Ramírez afirma que, alrededor de 1790, su industria ganadera sustentaba la economía de la provincia, pues había sustituido a la azucarera²⁸. Finalmente, la sequía de la última década del siglo arruinó los rebaños caprinos y las haciendas, y con ello la industria tinera decayó hasta que en los años treinta del siglo XIX, desapareció.

3. ENTRE LA ESCLAVITUD Y LA LIBERTAD

El matrimonio formado por los esclavos Pablo de Sojo y María Mercedes de Céspedes, africanos procedentes de Guinea, quienes llegaron a Piura procedentes de Panamá, podría ser una historia como la de muchos otros. Desde los

«Testamento de Juan Francisco de Sojo», 1733.

²⁶ Aldana, 1988, pp. 76-80.

²⁷ Ramírez, 1991, pp. 233-234. Nuestra autora considera que los efectos de las inundaciones en la destrucción de edificios, era grande, en tanto que varias haciendas como Cayaltí quedaron totalmente destruidas. Sipán, por su lado, perdió su casa de calderas y acequia. El fango y los escombros obstruyeron en varios puntos la acequia del Tayme, dejando a la comunidad de Ferreñafe, la hacienda y trapiche de Tumán y la estancia de Luya, sin agua de riego durante varias temporadas. El período post inundación por lo tanto, se presentaba difícil en tanto que la limpieza era larga y costosa, exigiendo mano de obra, alimentos y animales de tiro, para la reconstrucción.

²⁸ Ramírez, 1991, p. 255.

inicios de la época colonial, diversas embarcaciones arribaron al puerto de Paita cargados de «piezas de ébano» —hombres, mujeres y niños de distinta edad y condición— destinados a trabajar en las haciendas ubicadas a lo largo de la costa entre Piura y Lima. Algunos de ellos eran adquiridos por particulares piuranos que, de este modo, tenían la opción de escoger a los mejores ejemplares para emplearlos a su servicio.

Pablo fue comprado muy joven por uno de los más importantes vecinos piuranos, el general Juan Francisco de Sojo Cantoral²⁹. Este hacendado, junto a Bartolomé Subiaur, se inició en la actividad tinera en 1682, cuando arrendaron la tina *Nuestra Señora del Rosario* propiedad del maestro de campo Fernando Cortés y Velasco. Susana Aldana lo encuentra en 1707 como dueño de la tina que había pertenecido a Juan de Saavedra, lo que indicaría que le fue bastante bien en el negocio del jabón.

De la africana María Mercedes de Céspedes no sabemos mucho. Por el nombre intuimos que pudo haber sido comprada por el matrimonio formado por el tinero Joseph de Céspedes y María Tholosano quienes, al uso de la época, la bautizaron y le pusieron el nombre del ama y el apellido del amo. Es muy probable que ambos esclavos se conocieran en alguna de las casas-tina.

En 1720, cuando María Mercedes era de propiedad de Josefa Ortiz de Zúñiga, ambos esclavos contrajeron matrimonio³⁰. Al parecer no hubo ningún problema por parte de la Iglesia en casar a estos dos esclavos pues eran bautizados y, al pertenecer a dos vecinos de prestigio, su formación en la doctrina cristiana estaba garantizada³¹. Ahora bien, ¿cómo se resolvió el que fuesen esclavos de

²⁹ Fue uno de los dos vecinos piuranos que durante toda la época colonial ostentó un mayorazgo, el cual fue fundado por su padre don Francisco Sojo a fines del siglo XVII sobre la hacienda trapiche Nuestra Señora de la Concepción y San Francisco de Buenos Aires y sobre la casa familiar en la ciudad de Piura. El otro mayorazgo fue fundado un siglo después por Tomás Fernández de Paredes, sobre el título de marqués de Salinas y la hacienda Tangarará con lo existente en ella (ganado y oficinas de tina); un vínculo que disfrutó su sobrino Francisco Xavier y que, posteriormente, se unió al mayorazgo de la hacienda de Morropón.

³⁰ Lamentablemente no hemos encontrado la partida de matrimonio de Pablo y María Mercedes, pero, según la documentación existente, la unión entre esclavos era frecuente siempre que se cumplieran ciertos requisitos: demostrar la condición de cristianos de los cónyuges, el hecho de que ambos fueran «libres» entendiéndose como tal que no hubieran contraído matrimonio en época pasada, etc. Sin embargo, para Lima del siglo XVII, Lockhart, 1982, p. 245, afirma que no era muy común que negros esclavos se casaran, por lo que la mayoría de las veces lo hacían cuando eran libres, siempre con el afán de disfrutar de la respetabilidad que les confería ese estado.

³¹ Hernández, 2003, p. 34, señala que en numerosos documentos hay muestras de los grandes esfuerzos y extensas condiciones impuestas a quienes no podían garantizar su condición de cristianos. Cuando en 1818 José Guardado y Ubalda Aponte, ambos de casta mulatos y de condición libres, feligreses de la doctrina de Yapatera, quisieron contraer matrimonio, tuvieron que enfrentar el gran inconveniente de que José no contaba con partida de bautizo que lo acreditara como cristiano católico pues al parecer este documento se había perdido en un incendio en la casa de fray Francisco de León, quien custodiaba los libros parroquiales.

amos distintos y, por ende, vivieran en distintas casas o haciendas? Veamos lo que contemplaba la ley para estos casos:

los dueños de esclavos deben fomentar los matrimonios entre ellos, sin impedir el que se casen con los de otros dueños; en cuyo caso, si las haciendas estuviesen distantes, de modo que no puedan cumplir los consortes con el fin del matrimonio, seguirá la mujer al marido, comprándola el dueño de este a justa tasación de pe-
ritos nombrados por las partes, y por el tercero, que en caso de discordia, nombrará la Justicia; y si el dueño del marido no se conviene en la compra, tendrá la misma acción el que lo fuere de la mujer³².

En este caso, solo la primera parte de lo dispuesto por la ley se cumplió: María Mercedes pasó a vivir a la tina de Juan Francisco Sojo junto a su esposo; sin embargo, pese a que el tinero se comprometió a comprar a la esclava, no lo hizo. No al menos en los seis años siguientes, como señaló Josefa Ortiz en su testamento, lo que motivó la solicitud a sus albaceas de cobrar al tinero por los jornales adeudados a su esclava todos esos años, así como el precio de la esclava³³. La documentación vuelve a ser evasiva y no encontramos más datos de cómo se solucionó esta situación, pero, por las evidencias posteriores, queda claro que María Mercedes y Pablo siguieron viviendo y trabajando juntos en la elaboración de curtiembres en la casa-tina de Sojo.

3.1. El desarrollo de una «economía propia»

A partir de la ejecución de actividades relacionadas con la producción y venta de cordobanes, Pablo y María Mercedes llegaron a desarrollar lo que Tovar denomina una «economía propia», un conjunto de actividades ejecutadas por esclavos que les permitió ahorrar para liberarse e incluso, una vez libres, adquirir otro tipo de bienes. A decir de Tovar:

Así las cosas, libertad y propiedad en manos de los esclavizados se configuran como dinámicas históricas con sorprendente continuidad hasta bien entrado el siglo XVIII, por lo que en el ámbito económico es factible hablar de la constitución de una «economía propia» de los esclavizados³⁴.

³² Real Cédula Instrucción circular sobre la educación, trato y ocupaciones de los esclavos en todos sus dominios de Indias e Islas Filipinas. Aranjuez, 31 de mayo de 1789. Capítulo VII. Matrimonio de esclavos. Para Lucena Salmoral, 2000, p. 148, esta situación ya había sido definida desde los inicios de la época virreinal porque el matrimonio se vio como un instrumento que permitiría sosegar la actitud de los esclavos rebeldes: «sería causa de mucho sosiego dellos y se excusarían otros pecados e inconvenientes, que de lo contrario se siguen». Este estímulo, sin embargo, exigió a la Corona aclarar constantemente que el matrimonio no comportaba necesariamente la libertad de los esclavos.

³³ ARP, Protocolos Notariales, Sebastián Ximénez Zarco, leg. 71, prot. 2, «Testamento de Josepha Ortiz de Zúñiga», 1726.

³⁴ Tovar Pinzón, 1992, p. 70.

La posesión de un peculio por parte de esclavos es una situación considerada por los historiadores como una de las incoherencias del sistema esclavista, pues la ley no lo contemplaba; es más, en caso de que el esclavo llegara a poseer algún bien, este era considerado de propiedad del amo. Así lo establecían las *Partidas*: «todas las cosas que el siervo ganare, por cual manera que las gane, deben ser de su señor»³⁵.

Si bien Pablo empezó su trabajo en la hechura de cordobanes, su patrimonio lo consiguió a través de la venta, al contado o al fiado, de los mismos. Nos surge la pregunta, ¿cómo dio el salto? Sin quitar mérito a las capacidades y habilidades que pudo haber tenido nuestro protagonista, debemos considerar varias ventajas del entorno: la primera, la ubicación de las casas-tina. Estas estaban en la periferia de la ciudad, a ambos lados del río Piura y no en las haciendas; ello nos lleva a considerar que Pablo y María Mercedes fueron esclavos urbanos con las precisiones pertinentes pues en la época colonial era muy difícil trazar el límite entre lo rural y lo urbano.

En términos generales, para Bernand, el hecho de que el esclavo viviese en un espacio de circulación frecuente como era la calle, los lugares públicos, los mercados, era muy ventajoso. Constituyó un entorno exterior a la casa del amo en donde el esclavo se ponía al tanto de chismes, noticias e informaciones de toda índole. La calle pues, le ofreció un espacio de libertad y un cierto anonimato³⁶. Efectivamente, Pablo, así como los demás esclavos que laboraban en estas industrias, tuvo bastante libertad de acción, pues salía con frecuencia de la tina y se movía dentro de la ciudad. Así lo expresa Aldana para los esclavos trabajadores de estas industrias:

Es más, por lo general [el esclavo] salía fuera de esta [de la tina] a recoger leña y también hubo veces en que fungió de arriero, incluso se encuentra que un esclavo había comprado su libertad trabajando en «dos chacras que tuvo y en su oficio de curtidor». Este esclavo había sido labrador en la hacienda de Suipirá y curtidor en la tina de Menéndez Pabón... Quizás su condición de artesano o al menos de esclavo especializado, le diera mayor libertad de movimiento como para poder trabajar como chacarero tan lejos de la ciudad de Piura³⁷.

Una segunda ventaja fue el hecho de que los esclavos viviesen dentro de las casas-tina por lo que, según Aldana, era frecuente que cometiesen pequeños robos de jabón o algunas curtiembres que luego «malbarateaban» en la sierra piurana. Esta actitud para nuestra autora era una de las formas de resistencia al

³⁵ Títulos de las *Partidas* de Alfonso X relativos a los siervos y a la servidumbre, Ley VII, tít. XXI, Cuarta Partida.

³⁶ Bernand, 2001, p. 15.

³⁷ Aldana, 1988, pp. 134-135.

sistema esclavista, incluso cita el caso del esclavo Otero que reconoció haber comprado su libertad con el dinero obtenido por la venta del jabón hurtado mientras era esclavo de la casa-tina de Menéndez. Es más, los tineros y los mayordomos reconocían que este era el principal problema con los esclavos que allí laboraban, pues pese a ponerle llave a la almona, «continuamente hurtan los negros cuanto pueden». Ahora bien, ¿tenemos noticias de que Pablo hubiera delinquido para poder hacerse de un peculio? No las tenemos y si lo hizo, su amo no lo sospechó, o al menos así lo deducimos de sus palabras expuestas en la carta de libertad, donde indicó que Pablo «me ha servido en esclavitud de modo obediente y puntual»³⁸.

Pablo supo aprovechar al máximo no solo las ventajas que tenía su trabajo en la casa-tina, sino también la gran demanda que había de cordobanes en todo el virreinato.

3.2. La compra de la libertad

En las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio, la esclavitud era considerada una condición transitoria, un mal necesario. No solo se declaraba que la libertad era el objetivo legítimo del esclavo, sino también que la sociedad debía ayudar a los esclavos, pues los amos que manumitían a los suyos hacían un servicio a Dios, al igual que los terceros interesados que liberaban esclavos con donaciones de su dinero³⁹. Según las *Partidas*, el esclavo podía ser liberado por dos vías: por cláusula testamentaria o por carta de libertad⁴⁰.

Pablo y María Mercedes consiguieron liberarse a través del segundo tipo: mediante cartas obtenidas a cambio de una cantidad de dinero. Pablo lo hizo en marzo de 1744, a través del pago de 450 pesos a su amo Juan Antonio de Rivera. La libertad de María Mercedes no sabemos cuándo la obtuvo —pero sí que fue entre 1744 y 1749— ni cuánto debió pagar por ella, aunque por sus características pudo ser entre 350 y 400 pesos. Lo que sí sabemos es que fue fruto del trabajo

³⁸ ARP, Protocolos Notariales, Juan Ximénez Zarco, caja 109, prot. 4, 1744.

³⁹ Bowser, 1977, p. 77.

⁴⁰ La libertad concedida por cláusula testamentaria, no estuvo muy extendida pues en un análisis de testamentos otorgados en Piura en el siglo XVIII encontramos que, de 136 esclavos que serían liberados, 119 (87.5%) gozarían de libertad después del cumplimiento de ciertas condiciones, siendo la mayoría de ellas, a la muerte del amo. El segundo instrumento fue la carta de libertad, otorgada por dos causas: la primera, por propia decisión del amo, lo que se conoce como «libertad graciosa»; y la segunda, por la compra que hace el propio esclavo o un tercero, de su libertad: de 184 esclavos liberados en el siglo XVIII en Piura a través de este instrumento, 122 (66%) fueron graciosas; sin embargo, esto no debe llevarnos a confusión, pues muchas de ellas, 69 (el 56.6%) incluyeron condiciones que limitaban la libertad de la persona manumitida, mientras que los 53 restantes (43.4%) se dieron en el momento mismo de la redacción del documento. ¿Por qué se liberó de modo gracioso a tanto esclavo? Parece ser que esta supuesta generosidad fue deshacerse de los esclavos menos productivos. Los 62 esclavos restantes pagaron por la obtención de la libertad, siendo la cantidad estipulada —en la mayoría de los casos— el costo real de mercado del esclavo.

de ambos, tal como lo refirió Pablo en su testamento: «en unión y compañía de mi mujer, trabajamos y nos libertamos así ella como yo, y hemos adquirido los bienes con que nos hallamos»⁴¹.

Analicemos los montos que tuvieron que pagar: si tomamos en cuenta el año en que contrajeron matrimonio (1720) hasta la obtención de la libertad de Pablo (1744) y de María Mercedes (entre 1744 y 1749), transcurrieron casi 30 años, período en el que no solo se dedicaron a servir a sus amos, sino también a trabajar por jornales para ahorrar y poder adquirir su libertad: 850 pesos aproximadamente. Un jornal en Piura en esa época equivalía a 2 reales, cantidad bastante pequeña si la comparamos con otros precios del virreinato. Así, por ejemplo, Paz Soldán ha encontrado para Lima que un esclavo pudo haber ganado hasta 2 pesos diarios (esto es, 16 reales); Hünefeldt, por su parte, cita al esclavo zapatero José Santos que se comprometió a dar a su ama entre 4 a 6 reales diarios quedando para su propio uso 6 reales diarios⁴². Independientemente de cuánto debía pagar el esclavo por jornal, es interesante considerar, según los estudiosos arriba mencionados, que el esclavo ganaba por lo menos el doble del jornal que le daba al amo.

Si partimos de esta afirmación, y siendo optimistas en el sentido de que todos los días serían iguales, Pablo y María Mercedes ganaban 2 reales diarios y semanalmente 10 reales (1 peso, 2 reales). Por lo que, para que Pablo y María Mercedes consiguieran su libertad solo con jornales necesitaron haber trabajado 680 semanas; es decir, un poco más de 13 años. Sin embargo, no hay que perder de vista que hubo un momento en ese período, en el que ambos empezaron a dedicarse a la venta de curtiembres, por lo que entendemos que la capacidad de ganar más aumentó, aunque no sabemos cuánto.

4. LA VIDA EN LIBERTAD

Los negros horros, desde el comienzo de la colonización, plantearon problemas políticos y administrativos, abriendo una brecha en el sistema esclavista. Hubo libertos que llevaron una vida desahogada, que se dedicaron a ser prestamistas; otros, tuvieron existencia más humilde como voceros, verdugos, artesanos, etc.; y también los hubo miserables y marginales⁴³. Precisamente, esto condujo a que la sociedad peruana adoptase una postura ambivalente frente a los libertos: por un lado, estaba el prejuicio racial y la presunta ilegitimidad en la que vivían, lo que condujo a varios a catalogarlos como lo peor de la sociedad, por lo

⁴¹ ARP, Protocolos Notariales, escribano Francisco Montero, caja 38, prot. 4, 1784.

⁴² Hünefeldt, 1979, p. 33.

⁴³ Bernand, 2001, pp. 20-21.

que había que mantenerlos al margen; y, por otro lado, la experiencia diaria indicaba que los negros libres eran útiles a la sociedad⁴⁴.

Otro problema que se dio fue su dedicación laboral. Muchos de los libertos no habían desarrollado en su época de esclavos un trabajo especializado, por lo que, una vez en libertad, debían buscar un trabajo al que dedicarse, no solo para satisfacer sus necesidades primarias sino, en muchos casos, para pagar el precio de su rescate, en el caso de que hubiesen sido liberados a través de préstamos. Por ello, se solían emplear en infinidad de labores diversas: unos como cargadores o grumetes de barco; otros se enrolaban en navíos para ir a buscar trabajo y fortuna; otros como albañiles o ayudantes de carpinteros, zapateros, curtidores, cordoneros, sastres, etc. No faltaron quienes se dedicaron a la agricultura como labradores y arrendando tierras. Los menos se dedicaron a oficios relacionados con la alimentación; es decir, se concentraban en cierto tipo de empresas que, como afirma Lockhart, ponían en funcionamiento el proceso que siempre ha llevado a la especialización económica de las minorías extranjeras⁴⁵. De modo especial, las mujeres se dedicaron a la venta de comida y chicha, aunque sin tener el monopolio, pues compartían esta actividad con mujeres indígenas, siendo sus principales clientes los peones y jornaleros. En el «Informe Económico» de 1802, Helguero refería, a modo de queja, que varias mujeres negras invertían el día en estos menesteres⁴⁶. Pero no siempre los libertos consiguieron trabajo, lo que condujo a muchos a delinquir o vivir de la caridad pública⁴⁷. De ahí se desprenden las manifestaciones de Joseph Ignacio de Lecuanda, contador interino, quien, a fines del siglo XVIII, al estar en Piura, se refirió a este grupo con las siguientes palabras:

La clase de gente más díscola y de malas costumbres es la de pardos y mulatos... Son de operaciones bárbaras y groseras, preciados de valientes, de que resultan muchas tragedias entre sí, y para con los forasteros. Siempre andan cargados de armas; y son los que comúnmente usan el rejón, el machete y el puñal⁴⁸.

⁴⁴ Bowser, 1977, p. 368.

⁴⁵ Lockhart, 1982, p. 246.

⁴⁶ Helguero, *Informe Económico*, pp. 85-86.

⁴⁷ Reyes Flores, 2001, pp. 49-50, considera —para el caso de Lima— que la principal causa de esta situación fue la severa discriminación racial y económica a través de los gremios que prohibía ciertos trabajos a la gente de color. Por su parte, Quiroz, 2008, pp. 88-89, afirma que es muy difícil saber el nivel de trabajo que tuvieron no solo los libertos sino en general las castas, indios y mestizos pues había una suerte de identificación de vagos con mestizos, zambos y mulatos.

⁴⁸ Lecuanda, *Descripción geográfica*, pp. 176-177.

Por otro lado, la utilidad de los libertos era bien considerada en la sociedad cuando desarrollaban trabajos artesanales, como el desarrollado por Pablo y María. Aguirre afirma que el trabajo artesanal fue uno de los caminos más eficaces para conseguir no solo un empleo relativamente estable e ingresos adecuados, sino también algún grado de prestigio social⁴⁹. Es más, Bowser sugiere que el trabajo artesanal fue la actividad económica donde menos discriminación hubo con los negros y sus descendientes⁵⁰.

4.1. *Un trabajo al que dedicarse*

El panorama laboral que se les presentó a María y a Pablo fue bastante atractivo pues, a diferencia de la mayoría de los libertos, cuyas ocupaciones no eran más que las mismas que hacían cuando eran esclavos, salvo que las ejecutarían como independientes u operarios, nuestros protagonistas fueron más allá: si bien ya no se siguieron dedicando a la elaboración de curtiembres⁵¹, sí aprovecharon el conocimiento adquirido para identificar la calidad de estos productos y así realizar un trabajo más próspero como fue el comercio de los cordobanes, cuya materia prima conseguían a través del negocio establecido con terceros. Uno de ellos fue con Manuel Bermejo quien, en nombre de su madre Josepha Matrona de la Serda les vendía «al fiado»⁵². Así lo manifestó Pablo en su testamento, donde reconoció deber 15 pesos a los mencionados proveedores.

En este tipo de negocio no había pierda, como ya hemos explicado líneas arriba; al ser Piura una zona de fuerte movimiento comercial, los cordobanes eran necesarios para el embalaje, eran vendidos por docenas al precio de entre 10 y 12 pesos.⁵³ No está de más aclarar que la ganancia era buena en tanto que, el gasto que conllevaba la adquisición de la materia prima, así como su procesamiento, ascendía a 40 reales la docena; es decir, 5 pesos.

⁴⁹ Aguirre, 2005, p. 88.

⁵⁰ Bowser, 1977, p. 163.

⁵¹ Por ejemplo, en Canarias del siglo XVI, Lobo al seguir la huella a 282 libertos concluye que, en su mayoría, estos siguieron desarrollando los trabajos que realizaron cuando eran esclavos. Es más, como afirma este autor, «a la propia sociedad le interesaba que el liberto siguiese apegado a los trabajos que requería el ingenio, porque esto aseguraba una mano de obra especializada y un nivel de producción equilibrado», Lobo, 1983, p. 50.

⁵² No hemos encontrado más información sobre estas dos personas, pero no sería raro que hubieran poseído alguna estancia donde se criaba ganado caprino.

⁵³ Aldana, 1988, p. 41.

4.2. Una casa en la que vivir

Una vez libres y en posesión de un trabajo al que dedicarse nuestros libertos tuvieron que buscar un lugar donde vivir. En 1750, María Mercedes, con autorización y licencia de su esposo Pablo, compró a Felipe Herrera, vecino de Piura, un terreno de 12 varas de frente por 30 de fondo; el mismo que «linda por la calle de enfrente con casa de Baltasar de Obiedo, por la de arriba con rancho de Ignacio Troncoso y por la de abajo con solar y rancho de Joseph de Herrera y por las espaldas con Elicio». Lo adquirió en precio y cuantía de 45 pesos y 6 reales, que pagó en reales de contado⁵⁴. Allí construyeron su casa de adobe y cubierta de paja, como era usual en la época; más adelante, en 1783, hipotecaron esta casa por 50 pesos⁵⁵.

Lamentablemente, el documento de compra-venta no nos refiere en qué parte de la ciudad estaba ubicado el terreno, aunque deducimos que fue a las afueras de la ciudad, a orillas del río Piura, donde el Cabildo había dispuesto se estableciesen los esclavos y libertos, e incluso concedió terrenos ubicados en este lugar a aquellos que no tenían vivienda⁵⁶. Por ejemplo, mediante acta de cabildo de Piura de 17 de diciembre de 1738, se oficializó la entrega de solares a varios pardos y negros libres⁵⁷.

En las franjas periféricas de la ciudad, al igual que los indios y mestizos, los negros y pardos sembraban y plantaban frijol, maíz, berenjena, zapallo, yuca, camote, melón, lechuga, col y otras hortalizas⁵⁸. Todo esto les servía para su propio consumo, así como para su comercialización al menudeo. El que estuvieran agrupados en un mismo sitio también obedeció a otra razón y es que, como afirma Lockhart, los negros y las castas formaron una comunidad coherente, se casaban entre sí, tenían a sus mejores amigos y enemigos dentro de ella, se prestaban dinero mutuamente y preferían hacer entre ellos cualquier tipo de negocio. Esta solidaridad hizo que se agrupasen en determinadas zonas de las ciudades, en barrios que llevaron su nombre o el de su lugar de origen⁵⁹.

⁵⁴ ARP, Protocolos Notariales, Mathías de Baldivieso, caja 2, prot. 1, 1750.

⁵⁵ ARP, Protocolos Notariales, Francisco Montero, caja 37, prot. 2, 1784.

⁵⁶ Para Rosal, 2001, p. 506, quien analiza el caso de los afroporteños, la razón de que libertos y esclavos se establezcan en los suburbios, tendrían que ver más razones sociales y económicas, pues los inmuebles sitios en el centro porteño eran más caros y estaban habitados por los vecinos de la ciudad, y solo los afroporteños de condición esclava que vivían junto a sus amos ocupaban ese sector de la urbe.

⁵⁷ Acta de cabildo de 17 de diciembre de 1738, en Vegas García, 1939.

⁵⁸ Cicala, *Descripción histórico-topográfica*, p. 551.

⁵⁹ En el siglo XVIII los límites de la ciudad de Piura en donde fueron establecidos los esclavos aprovechando la ubicación de las casas-tina, condujo a que, por el límite norte donde existía la hacienda la Tina por estar ahí la fábrica de jabón de Cosme de los Ríos, llevó a que en viviendas dispersas y humildes se establecieran formando un barrio. Más adelante con la promulgación de la libertad de los esclavos (1854) llegó a esa zona

4.3. Liberar a los hijos

Una de las prioridades de los libertos fue continuar con la cadena y seguir liberando a familiares cautivos con el fruto de su trabajo. Aunque Pablo y María no tuvieron hijos propios, él sí tuvo tres hijos fuera del matrimonio: Isabel (esclava de Petrona Palacios) y Nicolás (esclavo de María de Valdivieso) y Miguel. Desconocemos quiénes fueron las madres de los dos primeros, pero, dada su condición, está claro que fueron esclavas.

En mayo de 1764, Pablo adquirió por 350 pesos, la carta de libertad de su hijo Nicolás, cuando este tenía 25 años de edad⁶⁰. Dos años después, en junio de 1766, compró la libertad de su hija Isabel, de 26 años, en 400 pesos «de contado»⁶¹. Habiendo dado la libertad a cada uno, Pablo en su testamento, indicó que se diesen por satisfechos pues, «...junto a mi esposa María, les hemos dado el beneficio de la libertad dándoles a los amos de los referidos mis hijos naturales lo que cada uno ha pedido por su libertad»⁶².

Ahora bien, no podemos caer en generalidades pues no todos los libertos, por más trabajo que hubieran realizado, pudieron conseguir la libertad de los suyos. Algunos consiguieron escasos bienes, como terrenos o animales que eran mucho más baratos que un esclavo⁶³. Un ejemplo es el de la liberta María de Rivera que en su testamento manifestó haber conseguido algunos bienes como casa con «solo sala y cuarto y lo demás está por fabricar», así como ropa, una mula y seis cabezas de ganado, para que su esposo «tenga con qué valerse». Pese a ello, María lamentaba no haber tenido el peculio suficiente como para poder adquirir la libertad de sus tres hijas esclavas: María Mercedes, Clara Segunda y Josefa (residente en Lima). Solo su hija Margarita, que era la última, era libre pues nació cuando ella ya era liberta⁶⁴. Incluso algunos libertos, como José Pita, en vez de dejar bienes dejaron deudas, tal y como lo manifestó su albacea, Teodoro Cortez: los pocos bienes que dejó el negro solo le habían servido para el pago de su funeral y entierro, mas «no para satisfacer las deudas que el liberto había contraído»⁶⁵.

gran cantidad de gente morena que, en su mayoría, provenía de la isla africana de Madagascar (procedentes de Brasil) habitada por los malgaches a quienes los piuranos llamaron mangaches, siendo el barrio conocido como la Mangachería.

⁶⁰ ARP, Protocolos Notariales, Alcalde Ordinario Manuel Seminario y Saldívar, caja 12, prot. 1, 1764.

⁶¹ ARP, Protocolos Notariales, Fernando Lazúregui y Landa, caja 22, prot. 1, 1766.

⁶² ARP, Protocolos Notariales, Francisco Montero, caja 37, prot. 2, 1784.

⁶³ Una oveja costaba 4 reales, una mula 4 pesos (o 32 reales), y un caballo, 60 pesos. Ogass Bilbao, 2009, p. 143.

⁶⁴ Archivo de Límites y Relaciones Exteriores (Perú) [ALRE], Serie LEA, Registro de escrituras públicas otorgadas ante Matías de Valdivieso, escribano público, PIN 21, caja 437, 1762.

⁶⁵ ARP, Protocolos Notariales, Mathías de Valdivieso, caja 3, prot. 4, 1759.

4.4. Construyendo un patrimonio

Una vez que Pablo obtuvo la libertad de sus hijos, decidió seguir invirtiendo su dinero, para lo cual compró algunos esclavos, bienes valiosos que, cualquiera que contara con los medios necesarios, podía poseerlos. Petit Muñoz afirma que podían tenerlos «todas las personas de la especie humana, naturales o jurídicas, con la sola excepción de los esclavos mismos»⁶⁶. Sin embargo, la realidad era otra que lo establecido por la legislación: hemos encontrado evidencia documental que, por herencia, una esclava se convirtió en dueña de dos esclavos⁶⁷.

Pablo y María Mercedes poseyeron, por lo menos, tres esclavos. El primero fue adquirido por Pablo, a través de poder otorgado a Josefa de Troncoso quien, por el pago de 380 pesos consiguió en remate público, un esclavo que correspondía a los bienes del capitán Gerónimo de Córdova, recientemente fallecido. Sin embargo, al ser el esclavo motivo de litigio entre los herederos, le fue quitado a Pablo. No sabemos cuándo se efectuó esta adquisición, pero al momento que Sojo redactó su testamento, dispuso a su albacea, su hijo Miguel, que recaudase y cobrase de los bienes de Córdova el valor del esclavo y lo «agregue a la capellanía que ha de fundar Miguel de Sojo, después de los días de María de Céspedes»⁶⁸.

María Mercedes, por su parte, adquirió una zamba, llamada Petronila Azabache, al presbítero Marcos García⁶⁹. No fue la única esclava que esta liberto poseyó, pues en enero de 1782, por escrituras públicas, Alejandro Pozo vendió a Eusebio Celi, una negra llamada Paula, criolla, en 425 pesos; la misma que «compró a la liberto María Mercedes de Céspedes»⁷⁰. Es interesante analizar la posesión de esclavos por parte de estos libertos porque nos lleva a dos reflexiones: la primera es que pronto adquirieron las prácticas de las personas libres en cuanto al tipo de bienes que constituían su patrimonio. No resulta novedoso que sea María quien más aparezca en este tipo de transacciones pues las mujeres piuranas casadas, siempre con poder de su esposo, solían realizarlas con frecuencia.

⁶⁶ Petit Muñoz, 1947, p. 307.

⁶⁷ La negra libre María Chiquilleros, residente en Panamá, antes de morir dejó en herencia a su hija Úrsula de Gamboa, esclava del contador piurano Isidro Jaime de los Ríos, una negra esclava con su cría. Ante la incapacidad jurídica de Úrsula de poder viajar a Panamá a reclamar su herencia; don Isidro dio poder al vecino panameño Juan de la Sierra para que recogiese a los negros y los condujese a Piura. ARP, Protocolos Notariales, Domingo de Valencia, caja 99, prot. 17, 1703.

⁶⁸ ARP, Intendencia, Causas Civiles, caja 55, exp. 1006, 1787.

⁶⁹ ARP, Protocolos Notariales, escribano Francisco Montero, caja 38, prot. 4, 1784.

⁷⁰ ARP, Protocolos Notariales, Escribano Pedro Martín Ramos, caja 125, prot. 12, 1782.

La segunda reflexión es que, precisamente por el tipo de trabajo que realizaban Pablo y María —elaboración de curtiembres para su posterior venta—, fue importante contar con mano de obra en apoyo al trabajo realizado. De este modo, adquirieron esclavos subordinados para realizar con mayor eficacia el negocio. Incluso, como lo han planteado Hünefeldt y Trazegnies para los esclavos en Lima, pudo darse el hecho de que Pablo y María Mercedes, aun siendo esclavos, hubieran utilizado trabajadores negros subordinados a ellos⁷¹.

4.5. *La redacción de un testamento y la salvación de la propia alma*

Uno de los momentos más importantes en el ciclo de la vida es la muerte, por lo que se procuraba ordenar todos los detalles para cuando esta llegase siendo los testamentos una de sus manifestaciones. García Fernández sostiene que cuatro fueron los aspectos fundamentales de los testamentos de la época virreinal: la vertiente salvífica; la social y familiar; la testamentaria y judicial; y la hereditaria⁷². En efecto, a través del testamento se procuraba dejar en orden no solo la vida material, el patrimonio, sino también —y, en primer lugar— la vida espiritual.

Pablo y María Mercedes habían sido bautizados. En su testamento, Pablo manifestó haber «vivido de la fe cristiana desde que recibí el agua del bautismo». Muy jóvenes casaron a la luz de la Iglesia y fueron educados en la doctrina católica. Por lo mismo, ambos eran conscientes de que, al haber conseguido ciertos bienes materiales no solo debían dejarlos en orden sino también su vida espiritual y, si podían encaminar lo primero (patrimonio) a lo segundo (la salvación) mucho mejor, como efectivamente lo hicieron.

Dada la gran religiosidad que impregnaba a la sociedad piurana, la redacción de un testamento se convirtió —al igual que en otros territorios— en una práctica muy extendida, sin distinción de sexo ni de condición social; sin embargo, al estar, la existencia cotidiana de la mayoría de libertos, caracterizada por su precariedad, no solían dejar testamentos o al menos muy pocos lo hicieron. A lo largo del siglo, solo hemos encontrado tres casos: Pablo de Sojo, José Pita y María de Rivera.

Una de las características de los testamentos es que eran revocables; es decir, que en cualquier momento el otorgante podía modificar su voluntad inicial,

⁷¹ Estos autores afirman que ello se debería al hecho de que dentro de la población esclava había estratos: los ladinos y criollos consideraban inferiores a los bozales e incluso no querían mezclarse con ellos; a su vez, los mulatos consideraban inferiores a los negros. En nuestro caso, si Pablo y María Mercedes tuvieron esta práctica, fue la de dos negros africanos que se valieron de otros de castas similares o criollas: Trazegnies 1989, pp. 108-109 y Hünefeldt, 1979, pp. 34-35.

⁷² García Fernández, 1995, pp. 15-16.

ya sea redactando un codicilo o haciendo un nuevo testamento⁷³. De ello tenía conocimiento Pablo, quien no solo cambió su testamento en una ocasión, sino que en otros dos momentos hizo codicilos. La primera versión la dio de modo mancomunado, es decir, fue otorgado por ambos esposos en 1770, designando a Josefa Troncoso como albacea. El segundo, dado por Pablo en 1772, fue individual; en él percibimos dos notorios cambios: la designación de un nuevo albacea, el hacendado Tomás Fernández de Paredes, marqués de Salinas; y el nombramiento como heredera universal a su esposa María de Céspedes. Doce años más tarde, en diciembre de 1784, a través de un codicilo, refirió como albaceas a su esposa María y al presbítero José Domingo Vargas. Sin embargo, tres meses después, en marzo de 1785, nuevamente a través de un codicilo declaró que no corriese el nombramiento como albacea del presbítero Vargas, sino que ahora era su voluntad que actuaran en estas funciones su legítima mujer María de Céspedes y su hijo natural, Miguel de Sojo.

En estos cambios hay dos aspectos que resaltar: el primero, muy común en la época, es la confianza en la propia familia; y el segundo, que se desprende del primero, es la inseguridad de Pablo al nombrar a sus albaceas, como se manifiesta en los cambios continuos de estos. Pensamos que estos cambios, son clara muestra de todo el esfuerzo, e incluso del sacrificio, que había costado a Pablo hacerse de estos bienes como para dejar que los administre alguien que le pudiera fallar.

Como cualquier vecino piurano, Pablo en su testamento dio indicaciones sobre lo que se debía hacer con su cuerpo: que sea amortajado con el hábito de San Francisco y que sea enterrado en la Iglesia Matriz de Piura; sin embargo, la preocupación más grande fue la de la salvación de su alma. De acuerdo a los planteamientos de la Iglesia, una vez que las almas entraban al purgatorio ya no podían influir en una mejora de sus condiciones, ni en acelerar su propia salvación; los únicos que podían mover la compasión de Dios eran los allegados de los difuntos en la tierra y dos formas de hacerlo era mediante las cofradías y las capellanías de misas⁷⁴.

Como bien sabemos, las cofradías estaban protegidas por un santo patrón. Sus miembros celebraban misas, se ayudaban mutuamente en caso de enfermedad y participaban en procesiones y fiestas religiosas. Pronto, en diversos lugares del virreinato, hubo cofradías de negros, pues era importante para la Iglesia el proceso de cristianización de este grupo y sus relaciones con ellos⁷⁵. En Piura no

⁷³ Esteves Santamaría, 2011, p. 40.

⁷⁴ Wobeser, 1996, p. 121.

⁷⁵ Para el caso de la España Moderna, Morgado, 2010, p. 429, interpreta que la existencia de cofradías solo de negros, más que una forma de integración a la sociedad es de marginación pues si bien refuerza la integración

hubo cofradías de negros —dada la poca población esclava existente—, sin embargo, las que existían sí permitieron el ingreso a poblaciones de diversos orígenes, siendo las más renombradas las pertenecientes a la iglesia matriz: la cofradía de la Santísima Cruz, la de Nuestra Señora de los Dolores, la de Santa Rosa de Lima, y la de Nuestro Amo y Señor Sacramentado, que fue la más importante⁷⁶. A esta última fue a la que perteneció Pablo.

Como era frecuente, la participación en una cofradía llevaba implícita la donación de bienes —censos, capitales, inmuebles o dinero en metálico— que servían para el mantenimiento del culto y el pago de las ceremonias —entierros, funerales, acción de gracias o intenciones— en beneficio de los propios cofrades⁷⁷. No poseemos el dato de cuánto fue lo que Pablo dispuso para su incorporación; lo que sí sabemos es que, en contraparte, los mayordomos de la cofradía se obligaron a mandarles a hacer una misa en el octavario del Corpus de cada año y, de modo perpetuo, por el alma de cada uno de los esposos.

Pablo y María Mercedes, además, fundaron una capellanía de misas. Esta costumbre, muy difundida en las colonias españolas de América, comprendía dos aspectos resaltantes: primero, al ser fundaciones perpetuas, tenían la obligación de cierto número de misas y otras cargas espirituales en iglesia determinada y debían cumplir con el instituyente en la forma y lugar establecidos⁷⁸. El segundo aspecto es que formaban parte del conjunto de obras pías generalmente fundadas para beneficiar económicamente a un hijo, sobrino u otra persona del entorno familiar o externa el mismo que optara por la carrera eclesiástica. De este modo, el auge de las capellanías se daba principalmente por la conjugación de dos variables: una de tipo espiritual y otra, material. Ambas configuraron su doble finalidad «contribuir a la salvación del alma de sus fundadores y generar una renta, a partir de la cual se mantenía un capellán, en forma vitalicia»⁷⁹.

Consciente de estos beneficios, Pablo, mediante el segundo codicilo, dispuso la fundación de una capellanía a favor de su alma y de la de su esposa, para lo que invirtió de modo inicial 150 pesos, capital que aumentaría con los 380 pesos procedentes de la esclava que adquirió en remate de los bienes de Geró-

del grupo, no difumina su existencia en el conjunto de la población.

⁷⁶ A diferencia de otras ubicadas dentro de la intendencia de Trujillo, esta cofradía, no tuvo alhajas y metales preciosos (como las de Pataz y Cajamarquilla, por ejemplo), sino que su patrimonio básico estuvo constituido principalmente por lo obtenido del monopolio de alquiler de literas empleadas para atravesar el despoblado de Sechura hasta Mórrope, alquiler de ganado, pero se sostenía fundamentalmente de las limosnas de sus cofrades (un 90.4% del total: unos 700 pesos anuales). Restrepo, 1992, p. 387.

⁷⁷ Restrepo, 1992, p. 385.

⁷⁸ Restrepo, 1992, p. 358.

⁷⁹ Wobeser, 1996, p. 119.

nimo de Córdoba. Además, Sojo indicó a su albacea que a esa cantidad se añadiese lo que importaren los bienes que se encontraban en «la casa de su morada, para que con los réditos que sufragare se digan las misas que correspondiesen». Cada misa estaba dotada en 20 reales⁸⁰.

Las capellanías estaban diseñadas para perpetuarse a lo largo del tiempo, en virtud de que la fundación no se agotaba en el primer capellán que la poseía, sino a su muerte o renuncia se traspasaba a otra persona y así sucesivamente. Es más, era el propio fundador quien establecía los términos de la misma: el monto, las obligaciones del capellán, la persona en quien debía recaer el patronato y los bienes sobre los que se imponía la fundación⁸¹. Fue así como lo estableció Pablo quien determinó, incluso, la situación en caso de que la capellanía quedase vacante, como los requisitos que debían cumplir los sucesores. Designó como capellán al licenciado Eduardo Otayza y, a la muerte de este, indicó que le sucedieran los hijos, nietos y descendientes del capitán Miguel de Arméstar y de su esposa María Mercedes Espinoza de los Monteros; y ante la falta de estos, a los hijos, nietos y descendientes de Juan Miguel de Larraondo y de su esposa Fernanda Guerra, prefiriendo «en todos al mayor al menor, y el varón a la hembra y acabadas estas generaciones recaiga el goce de dicha capellanía en el convento de nuestro padre San Francisco»⁸². Es entendible que Pablo consignase a estos personajes, pues eran grandes hacendados de la región, y el primero también dedicado al comercio. Ambos, de forma mancomunada, poseyeron una de las más grandes haciendas-estancieras de la región: la hacienda Máncora muy productiva en crianza de todo tipo de ganado, pero principalmente caprino⁸³.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

Pablo de Sojo y María Mercedes de Céspedes fueron dos esclavos africanos que, gracias a la confluencia del ingenio, la especialización laboral en la elaboración y venta de curtiembres, y del aprovechamiento de las condiciones de Piura como ciudad comercial, lograron desarrollar una «economía propia», que les va a permitir además de comprar su libertad, hacerse, de modo paulatino, un lugar en la sociedad piurana.

En calidad de libertos ejecutaron una serie de prácticas propias no solo de la gente libre, sino de la gente libre con cierta condición social; así, adquirieron

⁸⁰ Ruth Rosas afirma que a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, las cantidades erogadas por particulares piuranos para la fundación de capellanías fluctuaban entre 400 y 11 096 pesos. Rosas, 2019, pp. 172 y ss.

⁸¹ Wobeser, 1996.

⁸² ARP, Protocolos Notariales, Francisco Montero, caja 37, prot. 2, 1784.

⁸³ Reyes Flores, 2001, pp. 45-46.

casa en la que vivir, compraron y vendieron esclavos, establecieron negocios con personas de renombre de la ciudad, fundaron capellanía e, incluso, se integraron en la más importante cofradía de la iglesia matriz. Pablo y María Mercedes fueron del grupo de los «exitosos», como llama Morgado a libertos con similares vivencias para el caso de Cádiz; es decir, aquella minoría que tuvo la posibilidad de acumular un patrimonio de cierta entidad, pues «pocos poseyeron lo suficiente como para que mereciera la pena redactar testamento y muy pocos pudieron aspirar a igualar en la muerte las diferencias que tuvieron que soportar en vida»⁸⁴.

BIBLIOGRAFÍA

- Adanaqué Velásquez, Raúl, «Libertos y libertas en Lima: siglo XVIII», *Investigaciones sociales*, 13, 22, 2009, pp. 317-325.
- Aguirre, Carlos, *Breve historia de la esclavitud en el Perú. Una herida que no deja de sangrar*, Lima, Fondo editorial del Congreso del Perú, 2005.
- Aldana Rivera, Susana, «Industrias coloniales en la economía virreinal», en *El Perú en el siglo XVIII. La era borbónica*, ed. Scarlett O'Phelan Godoy, Lima, Instituto Riva Agüero, 1999, pp. 69-96.
- Aldana Rivera, Susana, *Empresas coloniales: las tinas de jabón en Piura*, Piura, CIPCA-IFEA, 1988.
- Alfonso X, *Las Siete Partidas*, Salamanca, Andrea Portonaris, 1555.
- Bernard, Carmen, *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*, Madrid, Fundación Histórica Tavera, 2001.
- Bowser, Frederick, *El esclavo africano en Perú Colonial 1524-1650*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- Cicala, Mario, *Descripción histórico-topográfica de la provincia de Quito de la Compañía de Jesús*, [1771], Quito, Biblioteca ecuatoriana Aurelio Espinoza, 1994.
- Esteves Santamaría, María del Pilar, «Prácticas testamentarias en el Madrid del siglo XVI: norma y realidad», en *IX Jornadas Científicas sobre Documentación (Madrid, 2010): La muerte y sus testimonios escritos*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2011, pp. 37-60.
- García Fernández, Máximo, *Herencia y patrimonio familiar en la Castilla del Antiguo Régimen (1650-1834). Efectos socioeconómicos de la muerte y la partición de bienes*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1995.
- Helguero, Joaquín de, *Informe Económico de Piura 1802*, ed. Nadia Carnero, Piura, Cipca-UNMSM, 1984.
- Hernández, Elizabeth, *La elite piurana y la independencia del Perú: La lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)*, Lima, Instituto Riva Agüero, 2008.
- Hernández, Roxana, *Las cartas de dote en la historia socio-económica de Piura. Época Virreinal (1590-1819)*, Piura, Universidad de Piura, 2003 [Tesis de maestría inédita].
- Hünefeldt, Christine, «Los negros de Lima: 1800-1830», *Revista Histórica*, 3, 1, julio, 1979, pp. 17-52.
- Jouve Martin, José, *Esclavos de la ciudad letrada. Esclavitud, escritura y colonialismo en Lima (1650-1700)*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2005.
- Klein Herbert S. y Ben Vinson III, *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2008.
- Lecuanda, José Ignacio, «Descripción geográfica del partido de Piura, perteneciente a la intendencia de Trujillo», *Revista Mercurio Peruano*, VIII, 1793, pp. 167- 205.
- Lobo, Manuel, *Los libertos en la sociedad canaria del siglo XVI*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983.
- Lockhart, James, *El mundo hispanoperuano 1532-1560*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Lucena Salmoral, Manuel, *Los Códigos Negros de la América Española*, Alcalá de Henares-París, Universidad UNESCO, 2000.
- Martínez Compañón, Baltasar Jaime, *Trujillo del Perú. Volumen I*, Alicante, Biblioteca Virtual Cervantes, 2015.

⁸⁴ Morgado, 2010, p. 433.

- Morgado, Arturo, «Los libertos en el Cádiz de la Edad Moderna», *Studia Historica. Historia Moderna*, 32, 2010, pp. 399-436.
- Ogass Bilbao, Claudio Moisés, «"Por mi precio o mi buen comportamiento": oportunidades y estrategias de manumisión de los esclavos negros y mulatos en Santiago de Chile, 1698-1750», *Historia*, 42, 1, 2009, pp. 141-184.
- Peralta Ruiz, Víctor, «Caminantes del desierto. Arrieros y comerciantes indígenas en Lambayeque, siglo XVIII», en *El Norte en la historia regional. Siglos XVIII-XIX*, ed. Scarlett O'Phelan Godoy e Yves Saint-Geours, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, 1998, pp. 143-167.
- Petit Muñoz, Eugenio, *La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental*, Montevideo, Publicaciones oficiales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1947.
- Quiroz, Francisco, *Artesanos y manufactureros en Lima colonial*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos- Banco Central de Reserva del Perú, 2008.
- Ramírez, Susan, *Patriarcas provinciales. La tenencia de la tierra y la economía del poder en el Perú colonial*, Madrid, Alianza editorial, 1991.
- Restrepo, Daniel, *Sociedad y religión en Trujillo (Perú) 1780-1790. I*, Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 1992.
- Reyes Flores, Alejandro, «Libertos en el Perú 1750-1854», *Revista Historia y Cultura*, 24, 2001, pp. 41-54.
- Rosal, Miguel, «Negros y pardos propietarios de bienes raíces y de esclavos en el Buenos Aires de fines del período hispánico», *Anuario de Estudios Americanos*, LVII, 2, 2001, pp. 495-512.
- Rosas Navarro, Ruth Magalí, *Agonía, muerte y salvación en el norte del virreinato peruano, 1780-1821*, Huelva, Universidad de Huelva, 2019.
- Tovar Pinzón, Hermes, *De una chispa se forma una hoguera: esclavitud, insubordinación y liberación*, Tunja, Boyacá, Posgrado del Magister en Historia, Vice-Rectoría de Investigaciones Científicas y Extensión Universitaria, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1992.
- Trazegnies, Fernando de, *Ciriaco de Urtecho. Litigante por amor*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1989.
- Vegas García, Ricardo (ed.), *Libro de Cabildo de la ciudad de San Miguel de Piura, 1737-1748*, Piura, Concejo Provincial de Piura, 1939.
- Walters, Richard (comp.), *Viaje alrededor del mundo hecho en los años desde 1740 al 1744 por George Anson. Tomo Segundo*, Traducido al castellano por Lorenzo Alemany, Madrid, Tomás Jordán, 1833.
- Wobeser, Gisela von, «La función social y económica de las capellanías de misas en la Nueva España del siglo XVIII», *Estudios de historia novohispana*, 16, 1996, pp. 119-138.